



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Los tlamatque, guardianes del patrimonio : dinámicas interculturales en la Sociedad Naua (México)

Macuil Martinez, R.

Citation

Macuil Martinez, R. (2017, June 21). *Los tlamatque, guardianes del patrimonio : dinámicas interculturales en la Sociedad Naua (México)*. Archaeological Studies Leiden University. Leiden University Press, Leiden. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/49721>

Version: Not Applicable (or Unknown)

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/49721>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/49721> holds various files of this Leiden University dissertation

Author: Macuil Martínez, Raúl

Title: Los tlamatque, guardianes del patrimonio : dinámicas interculturales en la Sociedad Naa (México)

Issue Date: 2017-06-21

Conclusiones finales

Una de las premisas principales que guiaron este trabajo fue situar a las comunidades mesoamericanas como entidades intelectuales, que producen conocimientos y comunican valores éticos.

Las comunidades nauas representadas en las figuras de los *tlatmatque*, fiscales, mayordomos y abuelos, hombres y mujeres, desde tiempos ancestrales han transmitido la visión del mundo mesoamericano, han conservado en sus rostros y corazones la palabra sagrada, el discurso florido.

Ellos guían los rituales, piden por el bien común a los ancestros, a los dioses que viven en el paisaje, que es considerado como sagrado.

El conocimiento de las comunidades ha quedado registrado en forma de narrativas en la memoria oral (las que hablan sobre el origen del hombre, sobre las fuerzas que viven en la naturaleza) y también en los discursos sagrados y en las rogativas. Las comunidades expresan los deseos y las preocupaciones de los dioses, por que el hombre cuide a la naturaleza, al entorno.

En el mundo religioso de la comunidad naua de Santa Catarina, la tierra es considerada como un ser que tiene vida, esencia y presencia, que tiene rostro y corazón, es decir, tiene nombre; ella es “nuestra venerable anciana”, “la venerable madre de la gente”, es Maceuatenancatzintli, la que vive en el *tlalticpactli*, la que cuida y da de comer.

Los *tlatmatque* anuncian las ocasiones propicias para hacer rituales y ofrendas, porque se han comunicado con los dioses mediante sueños. En esos momentos es cuando la comunidad vive en un tiempo fuera del tiempo (Rappaport, 2001); es decir, los vecinos se dedican a la preparación y posterior celebración de los rituales, un compromiso asumido por la comunidad para mantener el equilibrio de la vida espiritual y terrenal de las comunidades mesoamericanas. Ejemplo de ello es Santa Catarina.

Los rituales, como ya se apuntó en esta tesis, pueden ser públicos o privados. Los primeros involucran a la mayoría de la comunidad, mientras que los segundos se hacen entre familias o “particulares”; pero ambos buscan el bienestar de cada miembro de la entidad. Se busca que las nuevas generaciones crezcan sanas, porque ellos serán los continuadores de la vida religiosa y ritual en las poblaciones mesoamericanas.

Los *tlatmatque*, fiscales, mayordomos y abuelos han dicho discursos sagrados, han hablado con su rostro y su corazón, es decir, han dicho la palabra antigua, como desde hace cientos de años se habló, y se ha agradecido a los dioses y a los ancestros por los bienes y por los alimentos. Ellas y ellos son el corazón de la vida ritual y religiosa del mundo y del cosmos de la cultura naua.

Los *tlatmatque*, los fiscales y los abuelos representan hoy día las figuras más respetadas en el ámbito comunitario, pues mantienen cohesionada a la comunidad; curan los males físicos y psíquicos, es decir “limpian” a la colectividad para que la vida, el trabajo, el respeto y la ritualidad continúe y se fortalezca.

Los guías y las cabezas de las comunidades –los *tlatmatque*, los fiscales, los mayordomos y los abuelos– son *totaupan-tonauan* (“nuestros padres-nuestras madres”), difrasismo con profundas raíces mesoamericanas que se remonta al momento de la creación de los astros y el hombre en la tierra, en el *tlalticpactli*.

Ellos son la representación del arquetipo de la pareja primordial, los herederos intelectuales de Oxomoco y Cipactonal, los que inventaron el calendario y los rituales, los que quemaron copal y se punzaron las orejas para sacarse sangre (sacrificio ritual que puede verse en la lápida conmemorativa del Templo Mayor en la que dos gobernantes se punzaron las orejas y ofrecen su sangre a la tierra).

Este acto ritual se ve hoy día en la comunidad de Santa Catarina: los *tlatmatque* azotan sus cuerpos con

ortiga para limpiarse, predicán con el ejemplo, sacrifican sus cuerpos para fortalecer el espíritu, tal como lo hicieron los ancestros. Esto es ser *topilli*, bastón y cabeza de las comunidades.

La concepción del mundo colonial y neocolonial satanizó al mundo mesoamericano, vieron en la geografía un lugar ideal para la explotación y el saqueo. Esto contrasta con la concepción del mundo en las comunidades mesoamericanas, donde todo vive y tiene razón de existir; los cerros, los manantiales, los ríos, las cuevas, los bosques, los animales, las piedras, todo tiene esencia y vida. Este es el mensaje de la literatura oral: no hay que romper el equilibrio que existe, no hay que “cortarle las trenzas a la Malinche”, no hay “que herirla ni enterrarle grandes cuchillos”; hay que cuidarla para que nos siga alimentando, para que siga trayendo la fertilidad necesaria a la madre tierra, a Maceuatenancatzintli.

Hoy en día hay una pérdida preocupante de los significados simbólicos contenidos en los mensajes de los ancestros, en las palabras sagradas. Vemos con angustia la tala inmoderada de los bosques, la caza excesiva de animales y la explotación irracional de los recursos que guarda la tierra, la madre, la venerable anciana; se le desgarran una y otra vez, se buscan los tesoros minerales que guarda, se le perfora para localizar la “campana de oro”, se le mancilla y pisotea sin medida, se le contamina y se le tira basura sin más. ¿A dónde nos llevará todo esto?

Pese a las preocupaciones internacionales plasmadas en la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas –y que México firmó–, falta mucho para aplicarla. Cada día, los sitios sagrados son destruidos, mancillados y son foco de intereses comerciales y de explotación. ¿Qué se puede hacer frente los poderes económicos globales que buscan únicamente la riqueza sobre el bienestar de las comunidades mesoamericanas?

La educación, la investigación y la correcta aplicación de las leyes puede salvarnos de un desastre global, que no afecta única y exclusivamente a los pueblos indígenas, sino a todo el mundo.

Las comunidades mesoamericanas –como entidades intelectuales– han dejado una gran producción documental escrita en sus lenguas locales, tal es el caso de la cultura nua. En los archivos de estas comunidades se puede entrar en la memoria de un pueblo; pensada y escrita en nauatl. En ella se ven las relaciones locales y regionales, la organización comu-

nitaria para pagar las cargas tributarias, la construcción de los templos católicos; se observan de primera mano los conflictos frente al orden colonial, y la distribución de los bienes muebles en los testamentos.

Los *xiupoalli* o anales muestran las adaptaciones de la lengua y la cultura al nuevo orden, el colonial. En este tipo de manuscritos se observa la estructura del calendario precolonial: los días, las treceñas y los meses; y los esfuerzos de los *tlacuiloque* (“escribanos”) por correlacionar éste con el calendario gregoriano.

La información que proporcionan estos manuscritos son noticias históricas de la región y de la comunidad, testimonios sobre fenómenos atmosféricos, enfermedades, visitas de los funcionarios españoles y religiosos, fiestas, etc., todo ello producto del esfuerzo por conservar viva la historia, por saber su origen y mantener informada a la comunidad sobre los desastres que repercutían directamente en la capacidad de pagar el tributo y solventar los planes constructivos y festivos de los religiosos católicos.

En los *xiupoalli* se observa claramente que la oralidad se impuso sobre la escritura, y las informaciones son el resumen de algún acontecimiento regional o comunitario (se escribía lo necesario para recordar algún acontecimiento). Esta práctica puede observarse en los libros sagrados precoloniales, en las genealogías, en los mapas, en las memorias de los fiscales o en los documentos testerianos que

nos hablan de una tensión interna de la comunidad: por una parte la imposición del catolicismo que busca sujetar y dominar el tiempo de los pueblos indígenas con una nueva liturgia y un nuevo ciclo ritual; por otra, la resistencia de la civilización mesoamericana que interpreta, incorpora y representa el evangelio con sus propios símbolos, de acuerdo con sus antiguas estructuras del tiempo agrícola (Jansen y Pérez, 2015: 83).

El uso comunitario del tiempo mesoamericano sobrevivió en la región tlaxcalteca, al menos hasta el siglo XVII, con el *bādi* Juan Coatl: “él casaba y bautizaba con un calendario antiguo, él subía a la montaña y le hablaba al espíritu que mora en ella”. Y el registro del tiempo precolonial se mantuvo al menos hasta el siglo XVIII.

Este dominio de la oralidad sobre la escritura también se encuentra en la región nua de Huauhchinango,

donde el uso comunitario del calendario mesoamericano se registró hacia la segunda mitad del siglo xx (Stresser, 2011). En otras regiones, el calendario sigue vivo y en uso, como en la cultura *ayüük* (Rojas, 2014).

El embate colonialista hizo que el náuatl se fuera perdiendo en gran medida en los pueblos nauas tlaxcaltecas, y hoy queda muy poca gente que habla esta lengua; pero a pesar de esta pérdida, las comunidades mantienen la ritualidad y la cultura mesoamericanas.

El ejercicio de la escritura se olvidó, y nuevamente se impuso la oralidad: los fiscales, los *tiachcame* (“hermanos mayores”) resguardan la documentación pero no la saben leer e interpretar. La comunidad está conciente de que esos papeles “viejos” son importantes porque fueron hechos por sus ancestros.

Los abuelos, los fiscales y los *tlamatque* mantienen viva la memoria oral, y cuando ésta se logra vincular con la información que proporcionan los documentos, el resultado es la composición del rompecabezas que fue fragmentado por el sistema colonial y neocolonial.

Este orden ha hecho que la “educación bilingüe” lamentablemente sólo se quede en esta palabra, porque la realidad es que se trata de “educar” a las poblaciones mesoamericanas traduciendo el mundo de habla española; se toman las ideas, los conceptos y las ex-

presiones de esta lengua y se transmiten y reproducen en las mesoamericanas. Por desgracia no se enseñan los valores comunitarios, la literatura que existe en las comunidades, y los *tlamatque* quedan marginados de las aulas en todos los niveles educativos.

Cuando las escuelas invitan a un *tlamatqui* es para exhibirlo como “curiosidad”, “rareza” o como “folklore”, y muy pocas veces se le trata como sabio.

Como se ha apuntado en esta tesis, el seno familiar es el mejor lugar para la transmisión de los valores éticos. En la intimidad de la comunidad se enseña a las nuevas generaciones, se transmite la literatura oral, tan discriminada, segregada y nombrada como “cuentos”, “leyendas”, etcétera.

Es imperante que la “educación bilingüe” sea realmente *bilingüe*, que se enseñe la literatura de la comunidad, que los *tlamatque* sean tratados como tal y no como una “rareza”, y que la ritualidad deje de ser exhibida como folklore.

Finalmente, en este trabajo no se incluyen las memorias de los fiscales, los mapas y las genealogías localizados en los archivos de las fiscalías de Santa María Atlhuetzia y Santa Inés Zacatelco y en el Archivo Histórico del Estado de Tlaxcala porque estos documentos merecen un estudio aparte.

